

## *Adamar* (Antología) seguido de *En todos los espejos*.

Por Fernando Díaz del Olmo

Una acertada cita de Saint-Exupéry (“lo esencial es invisible a los ojos”) proyecta el contenido del libro de María del Valle Rubio. Un libro pausado con 33 composiciones, que ha buscado una vez más, pero ahora mirando “en todos los espejos” de la vida (¿acaso María del Valle no lo había ya hecho antes?), descubrir los temas favoritos de la autora: las respuestas invisibles, sobre todo de las mujeres, al comportamiento severo o anecdótico derivado del amor y el desamor.

Hay un buen repertorio de respuestas a la esencia invisible de la vida. Si estoy esperando en el andén “Mi tren que nunca llega” (“bien sé que no estoy sólo...”) se desata la nostalgia de la vida; la sorpresa de un baile en solitario y algo burlón (“un hombre con sombrero/ interrumpe de pronto en mi vigilia”) nos devuelve al “deseo enmascarado”; un encuentro casual te descubre la verdad de tu pareja (“por tu forma de ser asceta y penitente renunciabas a mí”); un techo como un “retablo de imágenes” te resume en múltiples instantáneas los símbolos de tu vida: el toro, el hombre, la serpiente...; en ocasiones una carta (un “mensaje”, un “watsApp”) que nunca llega (“la tardanza del hombre”), te anuncia la desesperanza al tiempo que te advierte, igualmente, del absurdo de “empecinarse en sacar agua/ de pozo seco”; otras veces nos mantenemos sólo con “esperar el regreso de Ulises”, ¿...la vida como una epopeya homérica de la que siempre esperamos una respuesta satisfactoria?; o, por qué no, la llegada de la lluvia te retrotrae a la infancia (“a las horas del reloj de la niñez”) cuando “era un primor coser”, “padre (...) predicaba su verbo incontinentemente”, ...y “otra vez la niña se declara en rebeldía”.

María del Valle Rubio tiene una dilatada y premiada obra poética (Residencia de olvido, Premio Barro, 1982; Clamor de travesía, Premio José Luis Núñez, 1986; Derrota de una reflexión, Premio Florentino Pérez-Embido, 1986; El tiempo insobornable, Premio Bahía, 1989; Museo interior, Premio Nacional Rafael Alberti, 1990; La hoguera infinita, Premio Nacional San Juan de la Cruz, 1992; Sin palabras, Premio Rosalía de Castro, 1995; Acuérdate de vivir, Premio Antonio Machado, 1998, etc.), que refleja a través del dominio de la técnica el canon literario de la modernidad introspectiva, con algunas concesiones clásicas en su nueva obra, como “superaré la noche,/ alcanzaré una rosa/ antes que brille el sol y la deshoje” en Calle con un verbo por verso, o “sembrando la distancia de claveles,/ la noche de magnolias/(...) /creciendo como el chopo,/ bajando como el río/ y gritando tu nombre” en Utopía, un modelo de geografía lírica. Pero sobre todo sus composiciones atraen y cautivan al lector por ahondar en respuestas personalizadas, que no excepcionales o rebuscadas, escritas con palabras sencillas, a los, tantas veces, más osados tormentos de la vida.

No sabemos qué nuevos poemarios nos regalará la muy premiada María del Valle a futuro, pero en este último (En todos los espejos) vuelve al principio, cuando Residencia de olvido, aunque ahora declare que “tan sólo me propongo olvidar tanto olvido” (Olvido).

Fernando Díaz del Olmo (Junio, 2018)

Catedrático de Geografía Física. Universidad de Sevilla